

De cómo sólo somos la mitad de nosotros mismos

En esto de la educación en la fe necesitamos recordar siempre dos principios:

- *Dios es más grande que nuestras palabras: nunca podemos pretender que nuestras programaciones contengan exhaustivamente, ni que nuestros conceptos digan de El algo totalmente adecuado; y debemos, en cambio, aceptar lo misterioso y gratuito de su camino: sólo El sabe cómo se habla sobre El y cuándo realmente se ha dejado encontrar por el catequizando o por el hombre en general.*
- *Sin embargo, nuestras palabras son el lugar donde nos encontramos con El: el proceso de su llegada a nosotros o el de nuestra llegada a El es inseparable de nuestro proceso de ir viviendo; puesto que en nosotros no puede haber más que nuestra propia vida, El dialoga constantemente con el monólogo de nuestra conciencia, hasta el punto de que son inseparables.*

* * *

Si a veces nos resulta tan complejo este oficio nuestro de educar en la fe, se debe casi siempre a que no hemos dado con la clave para interpretar su realidad sencilla.

Es propio de ignorantes bienintencionados confundir los muchos datos con el verdadero saber. El síntoma de su ignorancia está en su incapacidad crítica o sistemática: no llegan a organizar su quehacer desde lo más simple a lo más complejo, con lo que no pasan nunca de atender a la última bibliografía o al método más nuevo, en un proceso tal vez falto de serenidad o de personalización.

Pues bien. Si tenemos en cuenta los dos principios anteriores, descubrimos cómo el proceso de la educación en la fe consiste en estimular el camino de nuestra vida hacia dentro de sí misma, ayudándola en el aprendizaje de lo gratuito, de la aceptación de lo superior. Descubrimos así un proceso por los caminos del saber y del saberse, junto con el crecimiento en la disponibilidad y en la aceptación.

* * *

No diremos ahora mismo nada sobre la educación en la aceptación de la gracia de Dios. Representa el acompañante, tantas veces olvidado en muchas catequesis, de la Oración Silenciosa. Quede para otro día.

Hablaremos, en cambio, sobre un posible modo de comprender y expresar el diálogo entre nuestro encuentro con nosotros mismos y nuestro encuentro con Dios.

Nos referimos al segundo de los dos principios referidos arriba, el que habla de que nuestras palabras son la única casa posible para Dios. Queremos decir, en síntesis: nuestra palabra sobre Dios y nuestra palabra sobre nosotros se interpelan en los términos de pregunta-respuesta. Eso, en cuatro fórmulas.

Todo en nuestra vida es como el proceso de nuestros deseos, expresados en nuestro inacabable preguntar y responder, vivir buscando.

¿Qué lugar hay para El en tal proceso?

* * *

Donde no hay una pregunta no tiene sentido ofrecer una respuesta

La pregunta es siempre el primer paso en cualquier proceso. Significa nuestra necesidad de ver claro o de vivir satisfechos. La respuesta cobra sentido siempre en función de los interrogantes que satisface. De otro modo sería incomprensible o insignificante. Por eso decimos que la pregunta proporciona a la respuesta la clave lingüística o el lugar existencial a los que debe sujetarse.

Diciéndolo en términos «cristianos»: Dios se presenta en nuestra vida con pretensiones de respuesta, de satisfacción a nuestra necesidad, de sentido o de Plenitud. Eso significa la Salvación: la Respuesta Definitiva, la Felicidad más allá de nuestra hambre de felicidad, la llegada para nuestro caminar por nuestras perplejidades.

Fijémonos: esto significa que Dios se hace carne de nuestra carne. «Medir», así, la presencia de Dios en nosotros con los términos pregunta-respuesta significa reconocer su necesidad de adecuarse a nuestra capacidad de recibirle.

Es evidente que, con su llegada, nuestra pregunta queda como superada por dentro, desconocida para sí misma, porque Su obra en nosotros es despertar un hambre cada vez más grande, una conciencia de ser capaces de algo insospechado.

El necesita nuestro vaso para hacerse bebida, pero con El nuestro vaso nunca deja de crecer. Su llegada a nosotros va llenándonos de respuesta y de capacidad de respuesta, nos sacia y nos hace hambrear a la vez.

No tenerlo en cuenta nosotros, educadores, produce incomprendiones, insatisfacciones, frustraciones, racionalizaciones, desprecios, evasiones... en nuestros catequizandos y en nosotros mismos: «se van» de una presunta Palabra de Dios que no comienza preguntándose por su hambre real de tal Palabra.

Tenerlo en cuenta... Entonces las cosas funcionan. Nos habremos dado cuenta de que si el caballo no tiene sed no merece la pena llevarlo a la fuente.

Se debe hacer una observación importante, con todo: la presencia de una «respuesta no preguntada» puede suscitar preguntas no concienciadas hasta el momento. En efecto, en la vida necesitamos siempre sacudidores de nuestra experiencia, porque la costumbre produce poco a poco un estrechamiento de nuestro campo de conciencia. De todos modos, cuando la respuesta no preguntada consigue suscitar la pregunta dormida, se establece el proceso «normal»: la respuesta cobra entonces, con el despertar de la pregunta, todo su valor real, mientras que en su primera presentación suponía sólo una sorpresa (sin ningún contenido específicamente comprensible).

Y otra observación a la observación anterior: emplear respuestas no preguntadas como suscitadores de preguntas dormidas puede ser la puerta de todas las manipulaciones. La vida humana está llena de necesidades, y las ciencias de la conducta están llenas de recursos. Así, so capa de despertar la conciencia dormida, se la puede polarizar hacia cualquier objetivo, realmente alienante o relativo a intereses ajenos (productividad económica, docilidad política, escapismo religioso, justificación personal del educador).

* * *

Hay preguntas y preguntas, y respuestas y respuestas: las últimas y las anteriores. La Palabra de Dios se presenta como respuesta a la pregunta por el Sentido de la Vida; pero no como respuesta a las cuestiones sobre cómo organizar la vida.

Es claro que en la vida hay necesidades y necesidades: todo en ella consiste en el equilibrio entre un interés fundamental (inconcreto y siempre presente) y unos intereses no fundamentales (múltiples, concretos, precederos).

La Palabra de Dios correlaciona con aquél, no con éstos. Estos se refieren en realidades perfectamente responsables por los hombres, que «no necesitan» de Dios: los problemas de la física y el confort, de la organización política, del análisis histórico, del gusto estético, etc. Aquél, en cambio, se refiere a la necesidad de clarificación definitiva, de felicidad, de sentido... fundamentales, inconcretos y siempre presentes.

Para entendernos: hay en nosotros preguntas por el cómo y preguntas por el porqué. Podemos llamar «últimas» a las del porqué, y «anteriores» a las del cómo. Las del porqué son últimas porque ante ellas ya no queda ninguna otra: nos interesan por sí mismas, no como camino de algo más. Las del cómo son anteriores, porque su respuesta lleva siempre a otra pregunta, es decir, a otra situación en la que debemos seguir todavía buscando.

También ahora una observación importante: puesto que el interés fundamental no puede existir sino dentro y animando a los intereses no fundamentales, debemos decir que éstos son la encarnación de aquél.

¿Qué alcance tiene este enredarse de lo último en lo anterior, respecto de la Palabra de Dios?

Queremos decir: en nosotros no aparecería la pregunta por el Sentido, la Felicidad, Salvación, la Vida definitiva..., si no anduviéramos enredados en las cuestiones anteriores (qué hacer hoy, cuándo es mejor tal comportamiento, cómo actuar ante tal urgencia...) Esto es así porque el mundo de lo anterior es la flor diaria y visible de nuestra raíz escondida, última: hacemos cosas porque necesitamos vivir con sentido, y buscamos el sentido en las cosas diarias.

Por eso añadimos: sólo entiende el Sentido el que vive en las «distracciones» de lo anterior. En ellas encuentra la posibilidad de «comprender» la Felicidad o el Dolor profundos que a veces aparecen en su vida diaria. Habría que afirmar, incluso, que las grandes palabras se escriben sólo con las minúsculas de las pequeñas.

Por tanto: la Palabra de Dios puede y debe tener algún carácter de respuesta respecto de ellas. La conclusión se basa, como puede verse, en que no puede existir ninguna búsqueda fundamental si no es dentro de las «pequeñas» búsquedas diarias, las cuales poco a poco van respondiendo incluso al nivel fundamental. Por eso decimos que la oferta de sentido contenida en la Palabra de Dios debe tener alguna relación con nuestras preguntas no fundamentales.

Eso sí: será siempre una relación «indirecta», deducida por los hombres en cada circunstancia concreta a partir de la oferta cristiana fundamental (Dios está con nosotros, nos salva y nos salvará, como lo vemos en Jesús).

Por eso resulta tan fácil o difícil —según— leer la Palabra de Dios en nuestra vida diaria, aplicar el Evangelio a nuestras pequeñas o grandes urgencias inmediatas. Todo depende de si entendemos que la Palabra de Dios nos dice por qué hacer, pero no cómo hacer. Esto último es incumbencia nuestra.

Por esto, por ejemplo, resulta tan difícil o tan fácil —según— aplicar la respuesta evangélica a temas como el aborto o el divorcio, la política de partidos, la tecnología o la amistad.

* * *

Estrictamente hablando, la Palabra de Dios no responde: promete respuesta. La respuesta evangélica no es tanto una Solución como una oferta de Sentido para la pregunta humana.

Solución y Sentido: ahí está la clave.

Sin falta de entrar en más distingos, diremos que ambas palabras se comprenden al ser contrapuestas. Una oferta de Sentido es también una Solución, desde luego. Sólo que aquí llamamos «solución» a la clarificación ya poseída para siempre, tranquilizante y anuladora del problema anterior. El Sentido es otro tipo de Solución: promete que la clarificación llegará, y asegura que por eso no es absurdo vivir ahondando en el problema. El problema ya no es lugar de la perplejidad, sino de la esperanza. Porque la solución aportada por el Sentido es compatible con la existencia del problema. Por eso, lo «presente» o poseído en el Sentido es una promesa; la solución prometida, en cambio, es algo futuro.

Esto supone que el Mensaje Cristiano, en cuanto tal, no «resuelve» uno solo de los problemas humanos, aunque a todos les dé sentido. El Mensaje Cristiano asegura que siempre cabe la esperanza, y que, por tanto, tendrá solución, aunque ahora mismo los datos de cada problema puedan parecer absurdos o incomprensibles. En el fondo, pues, la respuesta cristiana es la Esperanza. Nada más y nada menos.

En realidad, la respuesta de Jesús a nuestros problemas, su gran Palabra, es ésta: Dios, nuestro Padre, está en todo; nos ama y lo prepara todo para nuestro bien; exige de nosotros la respuesta de nuestro amor al prójimo, como condición para hacerse El mismo accesible y visible. Así, escuetamente: Dios es nuestro Padre, como podéis ver por mí, Jesús.

¿Es ésta una respuesta o una invitación a la alegría y la esperanza?

Todo ello, en concreto, significa: el Mensaje cristiano lleva a los cristianos a entregarse a su vida de hombres, a tomar conciencia de sus problemas y de sus ilusiones, a esforzarse por responderles en la satisfacción y en la fe-

licidad, y a esperar que todo su esfuerzo de hombres tendrá éxito al final (porque su esfuerzo no es solamente suyo, sino también de Dios; y porque Dios ha prometido revelarlo todo al final).

Por eso decimos que la Palabra de Dios da Sentido a nuestro convivir con nuestras preguntas.

Esta es la única respuesta cristiana que faculta a la Iglesia para ir sembrando por la vida de los hombres todas sus demás «respuestas»: todas ellas serán respuestas humanas (como las de cualquier institución humana), animadas por la esperanza y la garantía en la fe de la Respuesta Final.

Sólo una nota, por acabar de redondear estas afirmaciones: se comprende, a su luz, que estamos hablando de una fe cuya serenidad es compatible con el aguijón de la duda. La seguridad-serenidad de la fe cristiana no puede consistir en la pretensión de claridad matemática respecto de los interrogantes de la vida. Necesita reconocerse más serena que segura, más alegre que clarificada, más esperanzada que poseedora, tan aceptante como programadora.

Así, nuestra fe cristiana nos hace comprendernos como seres de palabras acerca de su deseo más que esgrimidores de conceptos acerca de su posesión. El contenido —definitivo contenido— de sus palabras es justamente la esperanza que garantiza en la fe de que tales palabras están en el camino acertado, no en su punto final.

La fe cristiana sabe que vivir el amor no soluciona racionalmente una sola de las perplejidades de los que aman, pero sí les da sentido: les hace comprender sus preguntas como la leña que alimenta el fuego de su encuentro.

* * *

De los tres principios anteriores se desprende que tanto la pregunta como la respuesta cristiana han de buscarse en el mundo de lo que llamamos la Cultura o la visión de la vida de los hombres de cada época.

Fácilmente aceptamos, en la lógica de todo lo anterior, el que como cristianos debamos buscar la formulación de nuestras preguntas por el mundo de la cultura. No es tan fácil o tan evidente, sin embargo, aceptar que ocurre lo mismo con las respuestas.

Si recordamos las dos formulaciones anteriores, deberemos reconocer que es así.

En la segunda encontrábamos cómo nada de lo último o fundamental existe fuera de lo anterior: por tanto, las palabras que expresan nuestro ver las cosas deben ser las palabras que puedan contener a Dios.

En la tercera llegábamos a una comprensión determinada de la palabra «respuesta»: venía a consistir en el hambre o la esperanza de la respuesta definitiva. Ahora bien, ¿en qué sino en nuestras palabras diarias se encierra nuestra esperanza definitiva?

Sí. Nuestras palabras diarias, aquellas en que expresamos nuestra visión de la vida, son la Palabra de Dios.

Matizando. Nuestras palabras diarias pueden ser la Palabra de Dios, siempre que se refieran al deseo o a la esperanza últimos que animan la convivencia humana en nuestros días. Será lugar de la Palabra aquella en que expresemos nuestra búsqueda definitiva, nuestra comprensión del sentido. (Por ejemplo, en nuestros días: compromiso, aislamiento, manipulación, participación, alienación, realismo, comunicación, ocio, libertad, naturaleza, productividad, totalitarismo, esperanza, contracultura...).

Cuando leemos el Evangelio desde tales palabras le encontramos sentido, porque le encontramos vivo en nuestros días. No hace falta, entonces, que nadie nos explique gran cosa del texto sagrado: nos ocurre como a los interlocutores de Jesús, a cuyas palabras fundamentales Él iba dando cauce con lo que hoy llamamos «evangelio».

* * *

Nota final: si pensamos por un momento en la escuela, todo esto nos lleva a una importante conclusión.

¿Dónde está el eje de programación del área religiosa en la escuela: en la guía que estructura el sistema teológico o en las palabras básicas descubiertas en las demás áreas?

¿Puede decirse que «las demás áreas» son sólo la mitad de sí mismas?